

Ipurtargi

El señor de la noche

IONARRETXE

—Seguro que lo conoces —dijo Lorena—. Aunque parezca más joven que tú, debéis tener una edad parecida. Si lo has visto una sola vez, ya no lo olvidas.

La primera vez que oí hablar de Ipurtargi fue a Lorena; lo dijo con estas mismas palabras o con otras muy parecidas.

Debo reconocer que me molestó un poco su comentario sobre la edad y las apariencias, pero no le dije nada. Lorena tenía esas cosas, al menos conmigo; tal vez era una de sus mil argucias para protegerse de mí. Sospechosamente, yo me había convertido en poco tiempo en el parroquiano que más frecuentaba su bar, que aunque se llamaba Bar Mesón Bellas Montañas de Gipuzkoa —y así lo certificaba un largo cartel sobre la fachada— todos los vecinos de Beraun lo conocíamos como el Lorena's Bar.

Desde que murieron mis tías y regresé al apartamento de la calle Maurice Ravel, donde me crié con ellas tras la dramática desaparición de mis padres en una expedición a la cara sur del San Donato, adopté la costumbre de bajar casi a diario a comer en aquel garito.

Ofertaban un menú del día que cocinaba con bastante arte y mucho esmero su simpática madre, la señora Alsacia, una enigmática mujerona nacida en Cintruénigo, aunque de madre alemana y padre francés. Era un menú bastante variado —hacía honor a los gustos cosmopolitas de la cocinera—, muy bien condimentado y a un precio más que razonable. Y en cualquier caso, yo lo prefería a tener que comprar y cocinar cada día; cosa que evitaba a toda costa para conjurar lo mejor que podía la obligada soledad con la que me había tocado afrontar el último tramo de mi consumida vida.

Jubilado prematuramente, y apartado de la vida social antes de lo que a mí me hubiera gustado, había decidido invertir los últimos meses que me quedaban de vida en escribir artículos para la re-

vista *Oarso*. Artículos que enviaría después a mi editor y viejo amigo D.P.M. para que, una vez yo hubiera muerto, los fuera entregando regularmente en la redacción de la revista, al ritmo de uno cada año, y de esta manera, al menos así lo creía yo, nadie notara mi ausencia.

—Ipurtargi, luciérnaga —le dije sin más.

—Le llaman así porque sólo sale por las noches —me respondió Lorena.

—Ya.

—Y porque lleva una luz.

—¿En el culo?

—No, en la frente.

Además de la esquivia simpatía de la guapísima Lorena, a cuyos encantos yo no estaba dispuesto a renunciar, y del buen yantar al que ya me he referido, otra de las cosas que me atraían de aquel bareto, y me invitaba a pasar las horas muertas en él, era un puzzle de tamaño descomunal que ocupaba casi por entero una de las paredes del local, la pared que quedaba a la derecha de la entrada, frente al ventanal. Debía estar formado por más de 30.000 piezas, y representaba el mural que Don Valeriano Leceta pintó con tanta paciencia como maestría en la sala capitular del Ayuntamiento de Errenteria.

A decir verdad, era el único puzzle del que yo tuviera noticia que superaba en tamaño a la obra original; y eso que, en este caso, la obra original era un fresco de dimensiones gigantescas.

Me encantaba perderme en cada pormenor de aquella imagen, recorriendo pieza a pieza los detalles de la magnífica composición. Empezaba por la marcada anatomía de los fornidos portadores del escudo de la villa, que destacaban por encima de los otros personajes; seguía por la hierática estampa de los frailes, con sus calvas antiguas y sus ojos velados por el estudio de las miniaturas y la mansedumbre; estudiaba después los rostros sonrosados de las mujeres, que parecían tallados en alguna madera noble



JON ARRETXE

y dócil; me entretenía, cómo no, en el grotesco trazado de los tocados femeninos, tan carnales como inverosímiles; mi vista se recreaba en las numerosas aristas de las peñas de Aya, y en la sobria geometría de los bloques de cemento del extremo opuesto del cuadro, donde el futuro proyectado era ya una antigualla; y así, pieza a pieza, personaje a personaje, recorría cada tarde siglos y siglos de historia sin moverme siquiera del bar.

A veces, para contemplar según qué detalles, me tenía que subir a una silla. Y hubo alguna ocasión en que, debido a lo inaccesible de las piezas más extremas del gigantesco puzzle, y aprovechando que Alsacia y Lorena estaban ocupadas y distraídas en sus quehaceres, me subí encima del fútbol.

Según me contó Lorena, el puzzle ya estaba ahí cuando les traspasaron el bar y, aunque le faltaba una pieza, decidieron conservarlo.

—¿Le falta una pieza? —pregunté, mientras examinaba con atención el enorme cuadro.

—Sí. Justo encima del remo. Entre la punta de la pala y el cero de 1320, ¿la ves?

—¿Cómo quieres que la vea, si falta?

—¿(...)?

—Era una broma.

Efectivamente. En la parte superior de la imagen, casi en el centro de la composición, en la franja comprendida entre la leyenda “Villanueva de Oiarso 1320” y las Peñas de Aya, a la derecha de la pala del remo que sujeta un *arrantzale* vestido de verde aguamarina que está de espaldas, faltaba una pieza de color dorado. En su lugar había un hueco de forma lobulada, como suelen ser las piezas de los puzzles; un pequeño vacío irregular con tres entrantes en los lados contiguos y un saliente en el lado superior.

A finales de junio, como los dolores de mi innombrable enfermedad no me permitían conciliar

el sueño, decidí liarme un cigarrillo con la marihuana que me había recetado la doctora y salir a fumar tranquilamente por las calles del barrio. Por respeto a mis difuntas tías, cuya presencia se materializaba ante mí en cada tapete de ganchillo de los cientos que adornaban el apartamento, y aún siendo por estricta prescripción médica, he de reconocer que me sentía incapaz de narcotizarme entre las paredes de la que había sido su decentísima casa.

Así que, aprovechando que hacía muy buena noche y las calles de Beraun invitaban al paseo, salí del edificio, envuelto en una nube de humo denso y dulzón. Me dejé llevar por el sinuoso trazado de la calle Norberto Almandoz y, antes de darme cuenta, ya estaba bajando hacia Pontika por la empinada cuesta.

Desde el pequeño bosque que me separaba de la silenciosa autopista —a esas intempestivas horas, ¿quién iba a viajar de Bilbao a Behobia?—, llegaba el leve rumor de las hojas sacudidas por el viento; y un profundo y familiar olor a sal marina inundaba el valle.

Fue entonces cuando lo vi.

Al principio, no voy a negarlo, di un respingo ante la inquietante aparición. No era para menos. En aquel paraje solitario, alguien con el rostro completamente cubierto se acercaba hacia mí subiendo la cuesta con pasos indecisos, torpes, lentos.

Estuve a punto de lanzar un grito al descubrir horrorizado que la capucha con la que se cubría la cabeza estaba tejida con cabellos. Sí, con hebras de pelo castaño, lacio y desordenado, que empezaba a blanquear en algunos sitios.

Traté de guardar la compostura antes de que el terror me paralizara por completo. Y, aún sin la certeza de que él me hubiera o no me hubiera descubierto, tuve la osadía y los reflejos necesarios para hacerme a un lado y esconderme tras uno de los coches que dormían alineados a lo largo de la calle. De dónde saqué tanto valor es algo que todavía hoy, cuando ha pasado más de un año de la aciaga noche que relato, me pregunto una y mil veces, y otras tantas me quedo sin respuesta.

Esperé agazapado junto a la rueda trasera, hecho un ovillo, fundido en la negrura del neumático y la noche.

¿Aquello estaba sucediendo de verdad, o era la consecuencia de unos inevitables efectos secundarios que la medicación opiácea me producía?

¿Quién era el monstruo aquel que se acercaba hacia mí de manera vacilante y amenazadora?

Cuando rebasó mi posición y vi que ni siquiera se inmutaba, respiré aliviado al comprobar que, con toda seguridad, no había reparado en mi presencia.

Continué avanzando como si nada, con su arrastrado caminar de alma en pena. ¿Acaso era ciego aquel abominable ser? Poco a poco, fui girando sobre mis talones para no perderle de vista. Me quedé completamente estupefacto al ver que en su nuca llevaba un dispositivo luminoso. ¡Miento! No era en su nuca, sino en su frente, donde llevaba la luz con la que iluminaba la estela de sus pasos.

Entonces, lo entendí todo. O casi todo. Un hombre con una linterna en la frente, un ser que no podía ser otro que Ipurtargi, subía la cuesta andando hacia atrás.

Tardé varios días en recuperarme de aquella terrible visión. Las fiebres me retuvieron en casa, sin poder moverme de la cama, asustado y desesperado como un naufrago que bracea contra un mar de sudores y delirios.

Poco a poco recobré el ánimo y la cordura. A pesar de mi delicadísima salud, más deteriorada aún tras los terrores de aquella infausta noche, reuní las fuerzas suficientes para levantarme de la tumba en la que se había convertido mi empapada cama y continuar con la rutinaria vida que me había propuesto en el aquel momento crepuscular.

Pero dos preguntas habían quedado grabadas a fuego en mi atribulada alma: ¿Quién era el tal Ipurtargi? ¿Qué le había llevado a convertirse en aquel esperpéntico ser?

Las palabras que siguen son un humilde intento de desvelar tan enigmáticos misterios. Con nadie más que contigo -ni siquiera con Lorena, amigo lector-, he compartido estos descubrimientos.

Aunque no era músico y jamás pretendió serlo, de hecho era duro de oído y cantaba como un moscardón, Ipurtargi se hizo un hueco indiscutible en la historia del rock local. El hecho de disponer de una pequeña furgoneta con la que hacía el reparto de los perfiles metálicos que fabricaba su tío Bixente en el taller de Gaintzurizketa, le convirtió en pieza indispensable a la hora de trasladar los instrumentos y los equipos de música por los gaztetxes de la geografía vasca.

Una serie de fallidas inversiones —la empresa Bixente Tallerrak dedicó un esfuerzo ímprobo y un capital desorbitado en desarrollar una pieza

metálica que, adaptada a las botas de fútbol profesional, posibilitaban una parábola infalible en el disparo de faltas directas desde fuera del área—, y los rigores de la reconversión industrial, hicieron que el pequeño taller familiar cerrase sus puertas; puertas que, curiosamente, eran de madera, haciendo validar el dicho de que “en casa del herrero, cuchara de palo”.

Cuando el hastío, la avanzada edad de sus componentes, o el cambio de gustos musicales dieron al traste con los grupos del momento, Ipurtargi decidió dedicarse a otra cosa.

(Nota del editor: Tiene su gracia, o a mí me lo parece, el uso de la expresión “dar al traste” cuando se habla de asuntos musicales).

Pero la vida nocturna había afectado de tal manera a su organismo, que su reloj biológico se desconfiguró por completo. Y cuando se volvió a programar, lo hizo según unos parámetros tan diametralmente opuestos a los habituales, que Ipurtargi ya no fue capaz de adaptarse a la vida diurna ni al horario y las costumbres de las llamadas “personas normales”.

Probó en diferentes y variados oficios; desde aparcador de autos de choque, hasta calibrador de caracoles en una granja de Altzibar, justamente detrás de Carbónicas Santa Klara. Y el resultado fue siempre el mismo: o se levantaba de la cama cuando su jornada laboral estaba a punto de finalizar, o se dormía en su puesto de trabajo, sin escatimar en ruiditos y ronquidos, contraviniendo con ello los más elementales principios de la seguridad y la higiene laboral.

Así que Ipurtargi tuvo que aceptar, no sin cierta desazón, su incompatibilidad con los horarios matutinos.

Fue una vecina suya, amiga de su madre, la que le dio la idea: ¿Por qué no trabajas de panadero? Si quieres hablo con Julián, el del obrador, que es amigo mío de toda la vida.

¡Cuántas veces, de *gaupasa*, Ipurtargi y sus amigos se habían acercado con las primeras luces del alba a la puerta trasera del obrador de Julián, a comprar unos bollos de leche recién horneados, unos rascacielos de hojaldre y merengue, o un delicioso *gâteau basque*!

La tribu noctámbula conoce todas las puertas traseras y las entradas secretas de la ciudad; acceden de un garito a otro por ocultos laberintos a medida que van cayendo los cierres, y siempre

encuentran a dónde ir; porque saben, en cada momento de la noche, dónde encontrar la bebida, dónde la comida, dónde la fiesta, la droga, el baile, o cualquiera de los mil y un placeres que la oscuridad les brinda.

Dicho, y hecho. A última hora del día siguiente, Ipurtargi se presentó en el obrador de Julián. Aquella fue la primera y última vez que entró en la panadería por la puerta normal. Según me contó M.A.V., la vecina que lo había recomendado, y a la que tuve la oportunidad de entrevistar años después con el fin de recabar información para este reportaje, Ipurtargi se entrevistó con el dueño de la tahona; intercambiaron unas breves palabras con el fin de acordar el horario y el sueldo, jugaron tres partidas al tute, una al puntto y dos al mus y, sin más, fue admitido.

Una tarde, cuando volvía a casa después de comer, encontré en mitad de la acera una pequeña pieza de cartón con la misma forma que el hueco del puzzle del Lorena’s Bar. Por un momento, sentí la excitación de quien asiste a un milagro. Me agaché a recogerla, y al ver que además era una ficha de tonos dorados, desandé mis pasos y volví al bar.

Se la mostré a Lorena. Ella la cogió con sumo cuidado entre sus delicados dedos; sin dejar de mirarla, se acercó conmigo hasta el fragmentado mural. Tuvo que subirse a una mesa para colocarla en el sitio adecuado y compararla con el hueco.

—No es de aquí —sentenció—. Tu pieza es de tres entrantes y un saliente, y la que falta es de dos.

En pocos meses, Ipurtargi se hizo un experto panadero; y ni la masa madre, ni la levadura, ni los tiempos de cocción de las distintas variedades, guardaban secretos para él.

Pero la competencia de los panes congelados y la bollería industrial, y la mala fama que cayó de repente sobre los hidratos de carbono como responsables de las gorduras y los colesterolos de la humanidad, obligaron al viejo Julián a cerrar su obrador antes de que Ipurtargi adquiriera por méritos propios su primer trienio de antigüedad.

Para entonces, la nocturnidad de Ipurtargi ya era imparable. Así que, como un conde Drácula cualquiera, Ipurtargi decidió no volver a salir de casa antes de las tres de la madrugada, esa hora en que las calles se infestan de incertidumbres y amenazas, y las alimañas que se alimentan de sombras salen a cazar.

Cómo en apenas cinco años, aquel hombre pasó de ser un eficiente panadero a convertirse en una criatura sin apenas voluntad, que caminaba marcha atrás con una luz en la frente, es algo que a la psicología, a antropología, o a cualquier otra “logía” entre las que se reparten las humanidades, le tocará explicar alguna vez.

No sé a ciencia cierta cuando tomé la decisión. Solamente sé que, después de buscar por todos los medios a mi alcance, y convencerme de que no había en el mundo otro puzzle igual a aquél, invertí todos mis ahorros en encargarle a una empresa australiana que me lo fabricaran.

Tardé más de un año en hacerlo. Además, como no cabía en ninguna habitación del pequeño apartamento, me vi obligado a tirar varios tabiques, lo que retrasó aún más mi titánica empresa.

Nunca he sido un gran aficionado a los puzzles. Sabía, de oídas, que es mejor empezar por las esquinas, y poco más. Pero al final, dejándome la vista y la poca salud que me quedaba en el empeño, lo completé. Era el día de San Isidro, y los cohetes de las fiestas de Zamalbide se oían desde el salón de casa.

Una vez acabado, busqué minuciosamente la pieza que faltaba en el puzzle de Lorena y se la llevé.

Estaba sola. La acompañé hasta el mural, y la ayudé a encaramarse a lo más alto.

—Ahora sí —dijo ella-. Dos entrantes y dos salientes. Encaja a la perfección.

—Parece un milagro, Lorena.

—Parece el milagro del amor.

Última nota del editor: Hasta aquí, el primero de los tres artículos que me entregó J.R.A. para que los fuese enviando puntualmente a la redacción de esta revista. Aunque es evidente que su plan literario era mucho más ambicioso —escribir una veintena de textos para perpetuarse, al menos durante dos décadas, en la memoria de sus vecinos—, el avanzado estado de su fatídica enfermedad no se lo permitió. Eso, y el hecho de que repartiera el poco tiempo que le quedaba de vida entre la escritura, las cada vez más continuas visitas al médico, y los paseos y puzzles con Lorena, con quien mantuvo un precioso idilio hasta el final de sus días.

Como editor, debo advertir que tal vez no pueda cumplir el compromiso que adquirí con J.R.A. de entregar puntualmente los restantes artículos.

De la misma manera que los nuevos gustos fueron arrinconando a los grupos punk con los que colaboró Ipurtargi, que la reconversión industrial acabó con el taller de su tío, y la bollería industrial con el obrador de Julián, la crisis del papel y las nuevas tecnologías están poniendo en serios aprietos a una pequeña y modesta editorial como es la nuestra.

Pero puedes estar seguro, querido lector, que si no cumplo mi promesa como editor, la cumpliré como amigo. Que así sea.

FIN